

Un perro, tumbado allí, alzó la cabeza y las orejas. Era Argos, el perro del valeroso Odiseo, al que él mismo crió, pero no pudo disfrutar de él, ya que partió pronto hacia Troya.

[...] Allá estaba tumbado el perro Argos cubierto de garrapatas. Entonces, cuando vio a Odiseo que se acercaba, movió alegre el rabo y dobló las orejas, pero no pudo ya raudo correr hacia su amo.

Éste, al verlo a distancia se enjugó una lágrima, sin que lo notara Eumeo [...].

A la vez el destino de la negra muerte le llegó a Argos, después de haber visto a su señor tras veinte años.

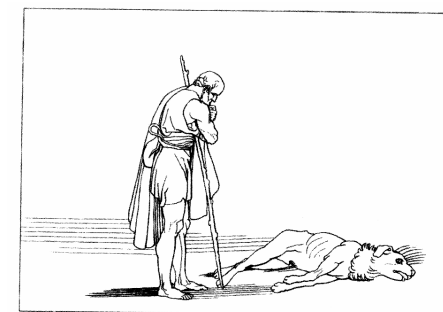


Ilustración: John Flaxman

Homero. *Odisea* (canto XVII, 291-327)

(traducción e introducción de García Gual C. *Odisea*. Madrid: Alianza Editorial, 2004; pp. 349-350)

---